

NO ES HORA DE LEVANTAR MURALLAS

"No es tiempo de levantar murallas, pero sí de seguir haciendo ladrillos"

Esta reflexión de un obrero de la construcción que el teólogo chileno Ronaldo Muñoz recordó en Viedma, refleja de algún modo la responsabilidad del momento que nos cabe como argentinos y como cristianos.

Sin la pretensión de abarcar un análisis de la situación política creemos importante señalar algunos rasgos que caracterizan el momento actual, particularmente a partir de setiembre y el agravamiento de la crisis económico social que vivimos.

Las elecciones del 6 de setiembre han reflejado un saludable crecimiento en la conciencia democrática de los argentinos. Pero las últimas elecciones han significado mucho más que eso. La derrota del partido radical en la mayoría de las provincias fue un claro signo de repudio a las medidas económicas y políticas que viene soportando el pueblo, sin que sus intentos por forzar un cambio hayan obtenido algún resultado favorable hasta el presente.

Este saludable sacudón a la soberbia radical en el marco del crecimiento de la conciencia democrática es un llamado de atención a todos los estamentos de poder de la sociedad argentina.

Es claro que al consolidarse un espacio democrático, los argentinos necesitamos avanzar en el terreno de la justicia social. Porque el sistema democrático vigente no quiere ser tenido para que una re-

ducida clase dirigente haga de la política un modo de vida, olvidándose que sólo tiene sentido en la medida que sirve para que el pueblo avance en la conquista y defensa de sus intereses.

Sincerar la democracia. Esto es lo que el pueblo ha votado. **Se quiere una democracia con justicia social.**

En el silencio del cuarto oscuro el pueblo ha expresado sus anhelos y aspiraciones, a falta de otras instancias participativas que brinden la posibilidad de hacer sentir la fuerza del número.

Ante la ausencia de proyectos que contemplen transformaciones más profundas el pueblo se expresó por alternativas coyunturales que visualizó como posibles.

El desafío sin embargo no parece haber sido recogido por el gobierno, que por el contrario ha reafirmado una política económica que privilegia los compromisos con el Fondo Monetario Internacional antes que respuestas concretas a los reclamos populares. Tampoco los principales partidos de la oposición con posibilidades concretas de convertirse en alternativas de poder han levantado el guante, salvo en la repetición gastada de consignas que más apuntan a una captación electoral para el 89 que a generar desde ahora instancias concretas de participación que hagan viable un proyecto nacional sobre la base de la justicia social.

Debe destacarse en este horizonte aparentemente sombrío, el esfuerzo de militantes de los distintos partidos, que más allá de sus cúpulas dirigentes impulsan la organización popular bajo la convic-

ción de que en su consolidación está el reaseguro para la implementación de cualquier proyecto liberador.

LA TAREA DEL MOMENTO

Es precisamente esta tarea de organización, de coordinación y movilización popular lo que aparece como el imperativo de la hora. Pasada ya la furia de las campañas electorales, se requiere volver a la tarea más paciente y concreta de encauzar las inquietudes e iniciativas, que a modo de ladrillos, se van construyendo en los barrios, las villas, los sindicatos, y distintas organizaciones de bien común.

No estamos hoy en condiciones de levantar grandes consignas vacías de pueblo. No parece lo más urgente ni lo más importante quedarse enredados en la maraña de grandes superestructuras organizativas o aparatos, que pueden ayudar al pueblo en su organización, siempre y cuando se pongan a su servicio y no aparezcan como los "iluminados" capaces de señalar "con la precisa" las tareas del momento. No se necesitan grandes constructores sino pacientes obreros. **"Porque no es tiempo de levantar murallas, sino que es tiempo de construir ladrillos".**

La decepción política tantas veces repetida, el agobio de la crisis económica social, que obliga a más de uno a pensar antes en el pan de cada día para su familia, nos han llevado a una situación que a pesar de su gravedad no encuentra aún cauces de expresión.

Mientras tanto los sectores tradicionales vinculados al gran poder económico-político y militar siguen haciendo su "agosto" reacomodando sus cargas, mientras especulan una vez más con el fracaso de esta democracia, que se hace más débil a medida que más cede a sus presiones.

Salvo los sectores juveniles o más dinámicos de los partidos mayoritarios, no se advierten en las su-

perestructuras partidarias un desvelo por defender esta democracia. Y esto ciertamente que resulta de mucha gravedad. Porque sólo desde el espacio democrático es posible avanzar hacia la justicia social.

Es necesario advertir que la auténtica defensa de la democracia reside en el pueblo movilizado, como se demostró en la Semana Santa pasada.

Y allí deben concentrarse los esfuerzos para revertir el actual estado de desparticipación, que los mismos partidos parecieran alentar al no volcar su caudal organizativo en canalizar las expectativas populares.

Conviene destacar el esfuerzo de distintos sectores que han hecho un análisis de la situación a partir de sus propias experiencias de organización popular y en consecuencia hacen una lectura de la realidad con los "pies en la tierra", lo que les permite avanzar a paso lento pero firme, siendo concientes que no es fácil recomponer en poco tiempo lo que ha sido destruido a sangre y fuego por imperio del terror.

Desde las barriadas son fáciles de percibir las dificultades que se encuentran para ganarle al tiempo, más cuando desde los niveles oficiales se hace oídos sordos a los reclamos concretos que preocupan a todos, pero paradójicamente no encuentran a todos movilizados en su reivindicación, por diversas y hasta comprensibles motivos que golpean la vida diaria de cada argentino.

A nivel gremial se advierte una multiplicación de los conflictos. Sin embargo no tienen estos un carácter que permita vislumbrar un estado generalizado de movilización popular. Los gremios luchan no por avanzar sobre nuevas conquistas sociales, sino principalmente para recuperar lo perdido, sea a nivel salarial o en condiciones laborales. El movimiento obrero, castigado por la política económica, se enfrenta además con una seria dificultad organizativa. Porque a pesar de la

progresiva, aunque lenta, recuperación de las estructuras gremiales, a nivel superestructural la dirigencia sindical sigue manejándose más por obediencia a un esquema de poder antes que determinada por las urgencias populares.



Se bien es cierto que existen fenómenos sociales impredecibles, la situación actual reafirma más la convicción de que es necesario poner el mayor esfuerzo en recuperar los niveles primarios de protagonismo popular, como paso imprescindible para avanzar hacia una alternativa de poder que sigue siendo cada vez más válida e imprescindible si realmente se quiere atacar de fondo los problemas del país y caminar hacia un proyecto de liberación nacional y social. Pero que necesita hacerse "con y desde el pueblo", acompañando su marcha cotidiana, con sus avances y retrocesos, pero seguros de su destino no sólo por convicción histórica, si-

no por valoración de las potencialidades que encierra cada hombre de nuestro pueblo.

LA RESPONSABILIDAD CRISTIANA

Y en esta tarea los cristianos debemos acentuar un compromiso mayor, que debe expresarse en actitudes de solidaridad activa con todos los sectores que bregan por conquistar sus derechos.

Nuestro aporte podrá canalizarse contribuyendo a solidificar las organizaciones populares, como herramientas de poder para hacer sentir el propio peso a la hora del reclamo y las decisiones, avanzando así en una práctica política que nos haga ver la necesidad de un compromiso concreto en las transformaciones sociales, que necesariamente se operan a través de la lucha por el poder político.

Pasada ya la contienda electoral deberemos incentivar las instancias de reflexión acerca de la responsabilidad política de los cristianos. Porque sin duda que si la crisis es profunda y los argentinos no acertamos en un rumbo distinto, creativo y audaz que comience a generar instancias nuevas, es porque los cristianos no hemos terminado de asumir nuestra misión de "fermento" de las transformaciones urgentes que la situación reclama.

Resignarnos a lo "posible", como si la realidad nos fuese dada como algo inmodificable es negar una base teológica elemental: la capacidad del hombre, en el ejercicio de su libertad, como co-creador, para transformar la realidad.

No decimos que todos los males que aquejan al país sean a causa del descompromiso de los cristianos. Pero sí que hay un enorme vacío por llenar que nos exige una actitud más valiente y decidida si es que queremos ser fieles a nuestra responsabilidad bautismal. Un desafío que no podemos eludir.

Luis Miguel Baronetto